

EN LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, EL DIA 15 DE ABRIL DE 1887, EL ECIJANO BENITO MAS Y PRAT, PUBLICO BAJO EL TITULO DE: SEMANA SANTA EN SEVILLA, EL SIGUIENTE ARTICULO.

**Septiembre 2019
Ramón Freire Gálvez.**

Seguimos con el segundo, cuando falta un día para la entrada del otoño, de los cuatro artículos que he recuperado sobre la Semana Santa de Sevilla, que dejó publicado en *La Ilustración Española y Americana*, el ecijano Benito Mas y Prat, en los años 1886, 1887, 1888 y 1889 respectivamente, que doy a la luz por separado, ilustrándonos con todos y cada uno de ellos, como era la Semana Santa hispalense, bajo el prisma y conocimiento de ella que tenía el escritor y poeta astigitano.

SEMANA SANTA EN SEVILLA.

Primavera. Palmas y cierros. Las bordaduras de mantos. Visitas de Pasos. S. P. Q. R. Las cruces.

1

I.

PRIMAVERA.

Hay algo que llama al viajero a las márgenes del Betis, cuando se ha realizado el misterio del equinoccio, cuando se han cubierto de estrellitas blancas las ramas descarnadas de los damascos y los



almendros, cuando han empezado las violetas a llenar los cestos de los floreros de la calle de las Sierpes y a cubrirse de tiestos de colores los terrados de las casas de nuestros dos barrios flamencos.

Ese algo es sin duda el cielo azul y deslumbrador, que es como la antítesis del cielo de Londres; la animación de las fiestas, que se unen en esa época y que, antitéticas a su vez, ofrecen ora la melancolía de las meditaciones cristianas, ora la alegría y el desenfreno de las ferias y solemnidades

del paganismo; ese algo es, en fin, la belleza de nuestro suelo, la gracia de nuestras mujeres, lo templado y agradable de nuestro clima, "*la sal de María Santísima*", como me decía el año pasado un yankee, haciendo un estropajo de su lengua.

La primavera en Andalucía se muestra en la plenitud de su poder y de su largueza, reparte a granel la luz y la savia fecundante, derrama su copia de rosas por los lugares más áridos y pone en las arterias glóbulos de fuego.

El contraste que ofrecen las fiestas primeras de Abril con el aspecto deslumbrador del escenario en que éstas se desarrollan, es acaso un nuevo encanto que el turista se encarga de paladear sin que advierta el menor antagonismo. Sin embargo, ¿cómo la severidad de la Semana Santa encuadra en el risueño marco en que aquí la coloca la Naturaleza? No busquemos la razón de esta antinomia; ello es que, religiosa como ciudad ninguna, Sevilla sacrifica los primeros días de Abril en aras de sus tradiciones y de sus creencias, y los sacrifica con entusiasmo, porque el andaluz, que tiene sangre africana en las venas, es impetuoso como el agareno, lo mismo para creer que para amar, tanto para adorar a Dios como para matarse por su dama.



Cuando suenan las campanas de ascua, cuelga la cruz y el cilicio, y toma el crótalo y la guitarra. Al ayuno sigue el hartazgo, la *juerga* a la penitencia, al porche del templo la casilla de la feria. Al terminarse los oficios del Sábado de Gloria, se descargan las armas de fuego y se cargan las conciencias de pensamientos mundanos.

Las fiestas de Semana Santa, que tantas veces hemos descrito en estas columnas, tienen cada año nuevos incentivos, y repitiéndose su fama de pueblo en pueblo, provocan una verdadera peregrinación exótica, que viene a darle originalidad y universalidad al propio tiempo.

Son, pues, de gran interés sus detalles íntimos y sus ocultas particularidades.

II. **LAS PALMAS Y LOS CIERROS.**

Una de las cosas que llaman la atención del turista al recorrer nuestras calles, son las primorosas palmas trenzadas de modo artístico y caprichoso que se ostentan atadas con cintas de raso a los cierros y balcones, que ya en esta época empiezan a abrirse a las templadas auras de primavera, sirviendo de marco a nuestras hermosas.

Estas palmas, adornadas de campanillas contrahechas y de motitas de colores, proceden de los oficios divinos del Domingo de Ramos, y son verdaderas preciosidades que se pulen y arreglan en



los conventos; la mayor parte de ellas se regalan a las autoridades y personas de calidad, que las llevan en la procesión del referido día y que después las conservan

como bendito recuerdo, ostentándolas en los cierros y balcones de sus respectivas moradas.

Acaso en los ramos de flores que las adornan, en los caprichosos trenzados que las ensanchan y animan, en las mil y una labores que se forman con sus dóciles filamentos, vaya escrito algún jeroglífico de amor, cuya clave sólo poseerá la mano que formó sus farolillos y que el profano no ha de conocer nunca. La religiosa que trenza una palma y la salpica de lazos y campánulas de seda, deja en ella la expresión de sus aficiones, y tal vez quiera hacer comprender al mundo que la de su martirio tiene también sus puntos irisados y brillantes. Yo, siempre que he admirado las prolijas



lindezas de estos recuerdos del Domingo de Ramos, he pensado en las manos menudas y blancas de las Florentinas ó Descalzas que en ellos depositaron esas nimiedades que hacen las delicias de los corazones devotos y cándidos.

El cierro, al recibir la palma nueva, parece que se abrillanta y rejuvenece. Sujeta al exterior vistosas abrazaderas de cinta, el transeúnte puede recrearse en ella a su placer, y forma en algunas casas el mejor y más delicado adorno de la fachada. A ella se unen después las plantas de la estación que empiezan a florecer en las macetas y que se colocan en los balcones.

Seria curioso investigar desde qué época empezaron a ponerse en los balcones y ventanas de las casas andaluzas las palmas del Domingo de Ramos y cuál fue el origen de esta



costumbre cristiana. Hay, sin embargo, motivo para creer que tanto este signo, como el de la cruz, el ramo de oliva y las estampas de los santos con piadosas leyendas, tuvieron por objeto servir de égida protectora contra los malos espíritus y señalar las viviendas de los cristianos viejos.

4

Los hebreos trazaban con la sangre del cordero pascual cruces rojas sobre sus casas.

Hoy no son muy abundantes las palmas dominicales, y se ofrecen al observador en nuestras calles céntricas en muy escasa cantidad, pero siempre hay las que bastan para conservar el antiguo carácter. En las moradas pobres de los barrios bajos suele sustituirse por el ramo de oliva, más modesto y menos costoso.

La palma, símbolo de la fe cristiana, se renueva todos los años, como se renuevan las cruces de Mayo. Durante la Edad Media encendíanse por la noche en las fachadas principales los hacheros, el día en que se renovaban las palmas. De aquí sin duda la frase *palmas y luces* que ha llegado hasta nosotros.

III. **LAS BORDADORAS DE MANTOS.**

Los mantos de las imágenes son con razón admirados por los que han visto las cofradías sevillanas, porque en ellos se ha llevado el lujo hasta el derroche y no es posible ir más allá en punto a riquezas de este género. Las hermandades, arrastradas por una emulación que rebasa muchas veces el límite de la envidia, se hacen una especie de guerra sorda, que pagan a peso de oro y que redunde en pro de modestas obreras cuyos nombres yacen casi siempre en el olvido.



Esos magníficos terciopelos cargados de flores y arabescos de macizo oro, que con horror de la propiedad histórica y de la indumentaria ostentan las efigies de Roldan, Montañés y Cornejo, se confeccionan y bordan en Sevilla por una comunidad de mujeres que viven en pobres moradas y que se ocultan como aquellos gnomos trabajadores de Grimm, sin que sus nombres aparezcan fatuamente al lado de sus obras, como es común y corriente en el mundo artístico.

Cuando al caer la tarde pasan las procesiones una tras otra por la histórica plaza de San Francisco, y se ven desfilar las imágenes lanzando áureos reflejos de sus riquísimas ropas, medítase un momento acerca de cómo se llevan a cabo esos



prodigios de lujo asiático que obscurecerían las glorias de las riquezas que ostentaron Alejandro en Susa, Semíramis en Nínive y Nerón en Roma.

Tan soberbias túnicas,

tan preciosas capas, mantos tan suntuosos se confeccionan, sin embargo, en pobres moradas y bajo la dirección de hábiles maestras que traen este arte por tradición y que forman una especie de dinastía semejante a la de los sacerdotes del rito mosaico.

Un taller de bordadoras de mantos sorprende, porque en él sólo destaca la obra. Ni se ve el ostentoso aparato de esos grandes talleres modernos, ni hay allí más maquinas ni útiles que los dedos de acero y las afiladas tijeras. Escalonadas ante el gigantesco bastidor, se ven veinte ó treinta jóvenes artistas, casi siempre de rostro de rosa y de nacaradas manos, que, ora cantando, ora charlando como cotorras, deslían el brillante carrete de hilo de oro y van dejando sobre el raso o el terciopelo áureas estelas y complicados ramajes.

Poco a poco la inmensa sabana de pesada tela va cargándose de relieves, y se rinde a la carga de la riquísima concha de espigas, rosas, hojas dentadas y costosos rellenos; las inteligentes y graciosas cabezas de las operarias asomando sobre aquel mar de seda y de oro, recuerda los cuentos de hadas de *Las Mil y una noches*; un sinnúmero de manecitas blancas y limpias meten y sacan la aguja, unen ó apartan los hilos, ó recortan sobre el fondo aterciopelado los tréboles y las pasionarias ; cuando la tela es azul celeste, parecen las manos de las ninfas del alba que bordan sobre el horizonte las flores del día; cuando la tela es negra, parecen las de las sílfides de la noche que bordan de estrellas las profundidades del cielo.



Aunque trabajan para ganar su modesto jornal, hay en ellas además el incentivo de la religión y el entusiasmo del deber cumplido. Cuando es preciso velar para acabar sus trabajos, llevan la velada hasta el sacrificio.

Hace pocos años hubo que acabar un manto que había de lucir una de las imágenes más renombradas. Entre las obreras había una delicada y hermosa, hábil como ninguna, y que aunque se

hallaba enferma no había querido ceder su puesto; trabajaban sin tregua ni descanso, el silencio de la velada sólo era interrumpido por el rumor seco de los dedales al chocar con la aguja y la tosecilla seca de la obrera enferma.

Pronto amanecerá, hijas mías, decía la maestra desde su escaño; es preciso hacer el último esfuerzo si nuestra *Madre* ha de lucir su nuevo manto. A estas palabras, el *chic chic* de los dedales sonó más apresurado y distinto, y diez minutos después se había terminado la tarea.

Se hizo la señal de dejar el trabajo, y todas se levantaron, menos la bordadora pálida y hermosa, que, doblada la cabeza sobre su labor, se asemejaba a Ruth durmiendo el primer sueño sobre un haz de espigas de oro.

Estaba muerta.

IV. **VISITAS DE PASOS.**

Es antigua costumbre visitar los Pasos ó Misterios que han de hacer estación en las respectivas capillas ó iglesias en que se hallan



establecidas las hermandades. Desde las primeras horas de la mañana se encuentran las imágenes vestidas y alhajadas, fuera de sus camarines u hornacinas, y puestas en sus lujosas andas para que los devotos puedan examinarlas con delectación y holgura.

Las puertas de los templos se ven tomadas por asalto, y cada cofrade ó curioso puede contemplar a su placer los candelabros y guardabrisas acabadas de adornar con colgantes y flores, las ánforas y objetos caprichosos de plata y oro agrupados al pie de las Vírgenes, las valiosísimas joyas que éstas ostentan en sus senos, los amplios mantos, cuyas colas bordadas caen como una cascada de terciopelo y oro hasta tocar el suelo, y los palios flordelisados, sostenidos por varillajes de plata, complemento de una indumentaria tan impropia como exuberante.

Esta visita matinal tiene algo de profana y tumultuosa, porque en ella hay quien hace comparaciones atrevidas; critica a las camareras de las imágenes por el mal gusto con que han colocado a la *Señora* el prendido o el collar de perlas; hace notar la poca pericia con que se ha plegado la capa de San Juan ó la túnica del Cirineo, ó pone de ropa de pascuas al mayordomo porque no ha puesto celada de encaje a los judíos que están al pie de la cruz, o rizadas golás a José de Arimathea y sus compañeros.

La emulación de las hermandades tiene en estas visitas principal parte, y cada cual de los distintos cofrades dice a *soto voce* las excelencias de su patrono, procurando poner de relieve las faltas que nota en los Pasos ajenos.

¡Mire usted ese San Pedro qué mala cara tiene! ¡Parecerse quiere al de Monte Sión, que es un santo que se lleva a la gente de calle! ¡A cualquier cosa llaman discípulo de Cristo!

Digo, digo, afirma otro, hablando con una vieja curiosa, ¡buena esta esa *Melena pa* tafetanes! *Malena*, la de mi hermandad, que tiene *er* pelo de cabo propio.



Estas y otras ocurrencias más francas y más espinosas suelen escucharse en las visitas de Pasos, mientras unos salen, otros entran, éstos aprietan, aquéllos empujan, los de más allá señalan con el dedo, y todos forman en las penumbras del templo, en cuyo Angulo se encuentran los Pasos, una masa móvil y multicolor semejante a esas siluetas de la linterna que tan pronto se destacan como se desvanecen.

V.
S. P. Q. R.

¡Aquél es el capitán!
¡Mira qué guapo!
¡El teniente!

¡Valientes borceguíes!

¡Mialo, mialo, el del pajarraco dorao!

¿No ves que capa? ¡Si lleva encima más oro que pesa! ¡Viva tu mare, buen mozo!



Esto, poco más o menos, dice todos los años la gente de rompe y rasga cuando ve pasar en ordenada y compacta fila a los soldados romanos, que forman parte principalísima en las cofradías ó procesiones de Semana Santa.

El del pajarraco dorado es el que ostenta el clásico estandarte coronado por el águila vencedora que dominó el mundo antes de que lo conquistase la cruz, y en el que campean las letras S. P. Q. R., expresión gráfica del antiguo poderío romano.

Llaman mucho la atención estas novísimas centurias por el lujo que ostentan y por el carácter grave y reposado de los que las mandan, que usando riquísimas ropas bordadas de oro, relucientes cascos, y espadas y borceguíes salpicados de piedras finas, van tan orondos como podrían ir César y Pompeyo al frente de sus huestes, al penetrar en las ciudades conquistadas.

Esto no obsta para que, como en las imágenes, la verdad histórica esté desconocida, y la indumentaria falsificada; sobre las cotas de malla lucen golas a lo Francisco I, y sus clámides bordadas de oro y sus togas viriles adornadas a capricho, demuestran que no fueron ellos los que pelearon en Munda ni conquistaron las Galias.

No por esto permitirá el *capitán* que uno solo de ellos descomponga la línea, ni deje de balancearse gravemente en los puntos de parada. Un bosque de plumas de ganso empingorotadas muévase como gracioso mar de



espumas durante el tránsito, y a la luz del sol deslumbran las rodela de metal, en cuyo centro otro sol de latón dorado lanza a su vez centelleantes reflejos.

Cuando se acercan *los armados*, así los llama el hijo del pueblo, los curiosos que se agolpan al paso de las cofradías se empinan sobre las puntas de los pies para contemplar desde lejos sus airosas cimbras y no perder uno solo de sus militares movimientos. Delante viene el abanderado, tras él los trompeteros, después el *capitán* porque centurión sería poco, calada la visera de su reluciente casco, y sosteniendo con ambas manos, cubiertas de blanca cabritilla, la tajante y brilladora espada. Cuando se acerca la noche, dos pequeñuelos provistos de hachas de cera le alumbran para que no pasen inadvertidas las piedras de los borceguíes ni los áureos bordados de su capa. De vez en cuando vuélvese a su hueste y la invita a mecerse de un lado a otro, de modo que brille el metal y se muevan las plumas como si fuesen bosques de palmas.

Las letras S. P. Q. R suelen ser casi siempre objeto de las discusiones de los profanos.

¿Qué dice en ese letrero?, pregunta un flamenco de buena sombra y de graciosa facha.

Un erudito que salta al paso se apresura a contestar; Pues dice: Senatus Populus...

¡Qué Populus ni qué niño muerto!, contesta el barbián incomodado. ¿S. P? San Pedro. ¿Q. R? que ronca.

¿No lo vio usted en el paso del Huerto de las Olivas, durmiendo a la sombra de un chopo con los demás discípulos de Cristo?

VI. LAS CRUCES.

Es muy notable que este pueblo que con tanta familiaridad trata a sus santos patronos, lleve su fervor religioso hasta el punto de entregarse a terribles penitencias y expiaciones.



Tras las imágenes más celebradas se ve en las cofradías un sin número de penitentes que, sin hacer ostentación de sus propósitos, llevan pesadas cruces al hombro durante la estación entera, se ciñen hierros y cilicios y arrastran pesadas y molestas cadenas con sus pies descalzos.

Y es que el andaluz más desalmado tiene por tradición un culto grato y apacible, al que se entrega sin rebozo aun en aquellos momentos en que se atreve a increpar al ciclo; este culto es el de María, a quien acude en sus tribulaciones, y a la cual confunde con la que le dio el ser y con la mujer a quien ama.

Yo he visto muchos de esos penitentes abrazados a su cruz llegar a sus casas transidos de hambre y de fatiga, y depositar el pesado leño sin exhalar siquiera una queja. Esas cruces que aun se ven clavadas en los anchos pasadizos de los corrales y casas de vecindad asombran por sus proporciones, y han causado terribles padecimientos a los que las llevaron. Sin embargo, todavía no ha cesado la costumbre, y pueden verse los que acompañan a la Virgen de la Soledad y a la de la Esperanza.

11

Recorriendo nuestros cantos populares, podemos convencernos de la verdad de esta apreciación. No hay una sola colección de ellos que no ponga de relieve esa tendencia tradicional de la tierra de María Santísima. Para ver a qué extremo lleva el pueblo andaluz el culto a la Virgen, y cómo encarnó en el pueblo del creador de las rubias Concepciones el tipo poético de la Madre de Dios, basta citar el siguiente cantar, que, aunque de escaso mérito literario, tiene un fondo religioso y afectivo de primer orden:

La Virgen de los Dolores
Siempre la traigo conmigo,
Aquel que no la *trajere*
No me tenga por amigo.

B. MAS Y PRAT

Sevilla. 1887."

Qué añadir a tan maravilloso relato sobre la Semana Santa, que aunque el autor se refiere a la de Sevilla, nosotros, aquí en Écija, por la analogía que tiene la ecijana con la de la capital

hispalense, la podíamos hacer nuestra en cualquiera de los años que se han celebrado tan importante manifestación religiosa anual.

Como con todos los demás artículos de tan insigne escritor ecijano, solo me queda desearle que disfrute de su contenido, como yo lo he hecho al conocerlo y transcribirlo.